

Los acelerados cambios que se han producido en el Este Europeo, simbolizados ya por el derribo del Muro de Berlín, han suscitado una auténtica batalla intelectual en todo el occidente y especialmente en América Latina. La ofensiva la ha

tomado, como es costumbre, el bando que se considera vencedor y que, en este caso, tiene más recursos de difusión ideológica. Esta polémica tiene dos formas muy distintas de entenderse: por una parte, la que confunde discusión con propaganda, parte de la convicción de tener la única verdad y que su obligación es difundirla. Por la otra, la que es consciente tanto de la complejidad de las situaciones como de la parcialidad de los distintos enfoques que buscan interpretarla; por tanto recurre al diálogo que requiere escucha y humildad para reconocer que su verdad es sólo provisional. SIC ha querido ubicarse en esta segunda posición y participar en un diálogo intelectual, necesariamente polémico, abierto a distintas interpretaciones y consciente de sus propias opciones.

En este número de SIC ofrecemos a nuestros lectores cuatro artículos que sin buscarlo abordan, desde

NEOLIBERALISMO Aportes para una discusión

perspectivas diversas, las consecuencias que para la acción popular y su reflexión teórica o teológica representan las nuevas hegemonías mundiales. El primero, de Wagner Suárez (S.I.) plantea los retos que a una forma de entender la teología de la liberación le plantea la "aceptación pragmática" de la dominación "universal" de la forma neoliberal del capitalismo. En el segundo, José Virtuoso (S.I.), sin aceptar ese dominio neoliberal reflexiona sobre las prácticas pastorales que en medio del pueblo hacen frente a las consecuencias del modelo impuesto y mantienen la esperanza. Frei Beto, conocido teólogo de la liberación, dominico brasileño, cuestiona la "victoria" neoliberal y aclara la naturaleza propia del discurso teológico desde las mayorías empobrecidas de A.L. Finalmente, Xabier Gorostiaga (S.I.) desde Centroamérica ubica la esperanza de estos pueblos desde otra interpretación de la dominación neoliberal.

SIC se propone seguir alimentando este diálogo que apenas comienza y sus lectores podrán así enriquecer su propia reflexión. De esta manera contribuimos a fortalecer la esperanza del pueblo en su difícil camino a una vida humana, justa y libre. (N. de la R.)

Wagner Rafael Suárez

La Teología de la Liberación en América Latina hoy

Aportes... I

Desde hace unos meses me ronda la idea de escribir unas líneas sobre la interpelación de la Teología de la Liberación ante la nueva coyuntura histórica en América Latina. Esta nueva situación —si es que existe tal novedad— presenta la propuesta del "neoliberalismo económico" como modelo de desarrollo para casi toda la América Latina. En el terreno político esto tiene implicaciones precisas. Supone, en primer lugar, la aceptación del capitalismo neoliberal como la alternativa viable —de momento— para embarcarnos en el tren del deseado progreso y desarrollo; supone, también, una cierta universalización de la historia que se percibe, cada vez más, cómo el triunfo del occidente capitalista sobre el resto del mundo y sobre cualquier otra alternativa cultural y política; y supone, además, que debe-

mos aceptar la evidencia de que el capitalismo y la democracia liberal que lo acompaña se presentan a los ojos del mundo, y a los nuestros, como el sistema más racional y eficaz en la confrontación con otros modelos alternativos —por ejemplo, el socialismo— y que este hecho se nos impone pragmáticamente; es decir, se pregona el fin de toda utopía política libertaria ante la evidencia del triunfo aplastante del capitalismo. Frente a esta situación aparentemente incontrovertible comienzan a aparecer planteamientos teológicos tendientes a compatibilizar la propuesta capitalista con el desarrollo teológico. No faltan teóricos que desde el campo de la sociología, de la antropología y hasta de la misma teología produzcan, desde posiciones críticas anteriores, insignes obras, y los vemos hoy,

tránsfugas ideológicos, convertidos en los principales artífices de lo que se ha calificado como la "Teología del Imperio".

Pienso que quienes simpatizamos con la perspectiva planteada por la Teología de la Liberación debemos asumir el reto de la confrontación. Es una cuestión de honestidad profesional como teólogos. Si la Teología de la Liberación ha prestado especial atención a las determinaciones históricas debe mantenerse fiel a este principio. Nacida en un contexto histórico en el cual (una serie de factores hicieron posible su sistematización) "la liberación" tenía unas connotaciones políticas precisas, existían proyectos y alternativas políticas viables, ahora oscurecidas por la propuesta neoliberal, debe preguntarse muy seriamente sobre la posibilidad concreta de la liberación histórica. A menos que renuncie a eso que la distinguió de la teología progresista europea y que la ubicó en aquella rama de la Ilustración que se preguntó, en primer lugar, por la transformación del mundo para llegar posteriormente a la emancipación del pensamiento (teología).

Es importante señalar que las condiciones de miseria generalizada, violencia institucional y pecado estructural señaladas en la Conferencia Episcopal de Medellín y recogidas posteriormente por la Teología de la Libe-

ración, que describen la situación de injusticia desde donde brotan los anhelos de liberación, no sólo persisten sino que se han agudizado, como bien señala la Sollicitudo Rei Socialis de Juan Pablo II. No me referiré a este aspecto. Me referiré, principalmente, a la ausencia de alternativas políticas o si prefieren, a la propuesta universalizante del capitalismo como única alternativa, lo cual afecta la propuesta política contenida en la Teología de la Liberación y que es formulada, por algunos autores, como el tránsito de la Cautividad hacia la Liberación a través de una praxis de la Fe.

1. EL RETO DEL CAPITALISMO NEOLIBERAL

Antes de entrar en materia debo aclarar que el término neoliberal corresponde en economía al término neoclásico. Es decir, se ha convenido en llamar clásicos a los padres o fundadores de cualquier disciplina científica. En economía el ciclo de los clásicos está comprendido, grosso modo, desde Adam Smith (1723-1790) hasta John Stuart Mill (1806-1873). A partir de 1871 con la obra de William Stanley Jevons (1835-1882) y de Carl Menger (1840-1921) se da paso a lo que posteriormente se conoció con el nombre de escuela neoclásica, es decir, la corriente del neoliberalismo económico. Como puede verse, esta corriente tiene ya una larga trayectoria y muchos matices (no obstante que es ahora cuando se la discute en América Latina). El prefijo "neo" antepuesto al término clásico indica novedad, revisión o replanteamiento, pero de lo que ya existe, de lo clásico. Se trata, entonces, de una vuelta al pasado, pero no para demolerlo, abolirlo o superarlo radicalmente, sino para adaptarlo a las nuevas condiciones. Dicho en palabras más directas, se trata de aquilatar, precisar y adaptar el capitalismo clásico de corte liberal a las nuevas circunstancias históricas. La acentuación de esos nuevos matices confronta a la Teología de la Liberación al menos en los siguientes aspectos:

a. En cuanto al proyecto político:

En este sentido hay que destacar el triunfo casi absoluto —por los momentos— del sistema capitalista y de la ideología liberal (neoliberalismo), su progresiva reproducción hacia el infinito que lo convierte en el sistema económico e ideológico más universal, y en consecuencia, la ausencia o debi-

lidad de otras alternativas económicas y políticas. Por primera vez tenemos la impresión de estar llegando a una cierta unificación de la Historia. En efecto, cala en las conciencias de las gentes la opinión de que definitivamente la Historia del Mundo está regida por el Occidente capitalista y que América Latina es parte integrante de ese proceso. Autores como Max Weber, para quien el Capitalismo encarnaría la racionalidad económica por excelencia, y como Hegel, quien preconizaba el final de la Historia a partir de un momento absoluto, en el cual una "última forma racional de sociedad y Estado resultaban triunfantes", son puestos de relieve en estos momentos. Ambos enfoques se hacen coincidir en la actualidad con el éxito del capitalismo.

A esto debe añadirse la crisis del socialismo realmente existente. De cualquier modo que se pretenda matizar, la crisis es real. A mi modo de ver —y esto no es derrotismo entreguista— están siendo desautorizadas, o derrotadas (por diferentes razones y procesos), todas las modalidades de socialismo que conocemos, desde la democrática Chile de Allende, pasando por la novedosa Nicaragua, la leninista Cuba, hasta recalcar en el férreo stalinismo soviético. De todas formas sobre esto todavía no se ha dicho la última palabra. Sin embargo, la crisis es evidente y esta alternativa revolucionaria está en franca debilidad frente al altanero éxito del capitalismo.

Esta situación afecta a la teología de la liberación, aunque a mi modo de ver quizás no de una manera esencial. Sin duda la liberación, para ser integral, debe ser primordialmente política en su sentido más diáfano. Parafraseando a Leonardo Boff, en una frase con la cual comulgo en su totalidad, nos dice que "toda revolución que no cambia el ethos cultural (el capitalismo, los lazos de dependencia y opresión) que está en la base de nuestra historia occidental será apenas una variación del mismo motivo y jamás una verdadera liberación". Y lo que está demostrando la Historia es precisamente lo contrario, la acentuación progresiva del capitalismo. No son pocos los teóricos que comienzan a plantearse, aferrados a un cierto pesimismo realista, que la mejor alternativa para América Latina es la de apoyar transitoriamente una especie de capitalismo con rostro humano invirtiendo la propuesta que otrora se le aplicara al socialismo.

Sin embargo es importante precisar

un poco más el problema. Desde mi punto de vista, no me cabe la menor duda de las implicaciones políticas que tiene la Teología de la Liberación. Despojarla de eso, sería negarle lo más original. Los hermanos Boff plantean en el libro "cómo hacer teología de la liberación" que el paso primero del cual se parte es la "acción que libera" y como paso segundo (teológico) es la "reflexión de la fe a partir de la praxis libertadora"; incluso, este conocimiento teológico está orientado a iluminar una pastoral liberadora. No obstante este matiz esencialmente político, la Teología de la Liberación ha reconocido un ámbito autónomo a lo político; es decir, que ella no se identifica con ningún programa o proyecto político concreto aunque existan algunos que en la práctica expresen mejor en un momento dado los anhelos de libertad. Por esa razón, ante la crisis del socialismo realmente existente, y ante el auge del sistema capitalista, la Teología de la Liberación puede resentir la dificultad del momento, la dificultad de superar definitivamente el ethos cultural del capitalismo dependiente, pero renuncia a la propuesta fundamental de construir un camino desde la "cautividad hacia la liberación". Muy al contrario, la liberación resulta, ahora más que nunca, una necesidad diáfana, no obstante la oscuridad política del momento.

b. Mercado y libertad

Para los liberales el mercado lo es todo. Es un absoluto y un dogma. Es la instancia capaz de resolver todos los problemas de la sociedad. Al buen funcionamiento de sus leyes se remiten todas las dificultades. Incluso el papel del Estado, tan deslegitimado en América Latina, debe redefinirse en relación al mercado. En muchos casos su nueva legitimidad está en función de actuar como corrector de los elementos que impiden el desenvolvimiento óptimo del mercado, el cual se presenta, a su vez, como el camino hacia el bien absoluto de la humanidad, y, en relación a este hecho, lo/la político/a se define como la acción tendiente a eliminar todas las resistencias en su contra. Por esa razón al ciudadano normal —también al creyente— se le va inculcando la idea de que el gran enemigo es el Estado, las organizaciones políticas, las organizaciones populares y todo lo que tenga que ver con la construcción de la sociedad civil, pero nunca se culpa o

se pone en entredicho los principios bajo los cuales funciona el mercado.

Desde esta perspectiva sólo se reconoce la existencia de hombres libres e iguales, ligados entre sí por un intercambio, en el mercado, a través del principio de "reciprocidad". Si hay reciprocidad y se cumplen fielmente las leyes del mercado, se daría un intercambio justo entre los hombres y por lo tanto se habrían creado las condiciones idóneas, reales e indispensables, para la verdadera libertad. De lo anterior se deduce que la libertad económica es el supuesto indispensable de la libertad política y de las otras libertades en general. La libertad económica constituye un fin en sí misma. Propiedad privada y contrato social son instancias que en ningún momento se pueden transgredir, pues constituyen la base de la libertad.

Los propulsores de esta teoría apoyan sus planteamientos aduciendo el caso del momentáneo impasse de los socialismos. No puede haber, según ellos, ni libertad política ni libertades en general si no existe libertad económica. La polémica continúa abierta. En todo caso, y en relación a lo que nos interesa, los neoliberales retoman el atávico planteamiento liberal de la libertad y lo relacionan a la absolutéz del mercado. El éxito del capitalismo neoliberal está cimentando este viejo, ahora "neo", ideal de libertad y esto confronta directamente a la Teología de la Liberación.

Creo que el marxismo había encarrado con suficiente solvencia esta problemática. A través de la categoría de "plusvalía" había puesto en evidencia las ocultaciones típicas (ideología) bajo las que funciona el sistema capitalista. El principio de reciprocidad no garantiza la igualdad ni es base para la libertad porque realmente al mercado no concurren los sujetos en igualdad de condiciones, acuden como propietarios o no —divididos en clases— que es la condición básica para que se produzca la explotación. Es decir, que la reciprocidad tan mentada de los neoliberales esconde el mecanismo fundamental de la explotación capitalista y está muy lejos de ser la base fundamental sobre la que se levantan los anhelos de una libertad integral. El problema está, y esto hay que decirlo con claridad, en que en las actuales condiciones del desarrollo capitalista (con la propuesta neoliberal) se ha renunciado definitivamente a la posibilidad de la racionalidad histórica; es decir, se ha renunciado a la idea de que la libertad y la Justicia puedan

encarnarse definitivamente en un sistema social determinado. Por eso se proclama el fin de las utopías libertarias y la aceptación pragmática del capitalismo como sistema universal aunque sea injusto.

El concepto de libertad y liberación cristiana, implícito en la Teología de la Liberación, irradia una dimensión más radical que toca la esencia más profunda de la realidad humana. Ella no se agota en la liberación histórica y transitoria. Si es verdadera liberación integral la supone necesariamente, pero su soteriología trasciende toda forma histórica determinada. Por eso la liberación será siempre una aspiración humana, enraizada en el Amor cristiano que lleva necesariamente al prójimo, y en él, a la realización de la Justicia, válida en todo tiempo y que trasciende todo proyecto o programa político.

c. El concepto de justicia

Se está consolidando un concepto parcial y desfigurado de justicia. En concordancia con lo que hemos venido diciendo, a la justicia se la identifica con el cumplimiento fidedigno de las leyes del mercado. Al ser el mercado norma absoluta, el valor de la Justicia se relaciona con los resultados económicos justamente obtenidos. Este concepto de justicia no implica de forma esencial a la caridad; es decir, la caridad ni es norma ética ni obliga moralmente. El concepto de justicia que emana de la propuesta neoliberal acepta la caridad como paliativo, como algo tangencial. Para comprenderlo mejor pongamos por caso el largo, difícil y trajinado tema de la deuda externa latinoamericana. La ley del mercado dice que debe ser pagada. La caridad funciona en este caso como atenuante. Ella permite que se propongan programas alternativos que ayudan a cancelar los compromisos económicos adquiridos, según las posibilidades de cada país, en condiciones no tan gravosas a los países deudores. Condonarla, por ejemplo, como acto de justicia hacia América Latina enraizado en el amor, no entra dentro de las posibilidades.

Para un cristiano, sin embargo, el concepto de justicia tiene una vinculación estrecha y necesaria con el amor. Ambos aspectos se implican mutuamente. La teología de la liberación ha recalcado este aspecto, pero además, enfatiza el hecho de que ésta exigencia del amor encuentra en los más débiles, en los más necesitados, en aquellos cuyos derechos han sido

conculcados como efecto de la misma dinámica del mercado, a los preferidos de Dios. La Justicia Evangélica exige un amor radical, con preferencia hacia el débil, que no puede ser atemperado y menos aún por la ley del mercado.

d. Individualismo ético

El capitalismo es percibido, en las sociedades más avanzadas desde el punto de vista tecnológico, como el sistema más eficaz y racional. Se sienten satisfechas por la abundancia, prosperidad y el alto nivel de vida alcanzado. Para América Latina la historia es otra, la prosperidad de aquellos ha supuesto atraso, miseria y subdesarrollo a nuestros países no obstante los ingentes recursos humanos y materiales de que disponemos. Pero se nos ha dicho que no hemos sido capitalistas de verdad y se atribuyen a causas externas al capitalismo las razones de nuestro atraso. Se nos propone ahora que hagamos cambios sustanciales para favorecer el desarrollo capitalista y uno de ellos comportaría una actitud ética fundamentalmente individualista y pragmática.

En efecto, estamos ante un momento de exaltación de lo individual sobre lo colectivo. El neoliberalismo, la valoración ética por excelencia que reconoce, la relaciona a las normas del mercado y a la supremacía de lo económico. La única responsabilidad moral que el individuo asume en su relación con el exterior (ámbito social) se vincula a su papel en el mercado. En parte esta lógica encuentra fundamentación, como decíamos antes, en el éxito de las sociedades capitalistas avanzadas) que funcionan en base a una ética individual (el típico individualismo que se nota en las sociedades avanzadas) más que a la responsabilidad social de los individuos ante los demás. Es una ética descarnada, sin sentimientos, fría y pragmática. Frente al problema del sufrimiento humano (del hambre, del desempleo, de la miseria, etc.) no reacciona pidiendo soluciones inmediatas (compasión cristiana) sino que posterga la solución, y la delega, en el funcionamiento eficaz y correcto del mercado. Por ejemplo, el programa de ajuste económico implementado en una gran parte de los países latinoamericanos debería llevarse a cabo a pesar del costo social que ello representara. El criterio económico se impone sobre cualquier otro criterio ético. La preocupación sobre el ser humano, sobre la condición esencial de su humani-

dad, queda relegada a un segundo término.

Por otra parte tenemos a la Teología de la Liberación. El peligro principal que nace de esta concepción es que se llegue a absolutizar el supuesto de que la persona es el resultado del cambio de las estructuras sociales. Se llegaría a una asfixiante politización de la existencia humana precisamente por la densidad opresiva que adquiere lo colectivo sobre lo individual. Creo, sinceramente, que la Teología de la Liberación ha superado esta disyuntiva. La dimensión personal de todo ser humano debe ser acentuada, privilegiada, sin disminuir la dimensión socio-histórica. La realización personal sigue siendo, a mi modo de ver, la aspiración fundamental, pero funcionando como un principio relativamente absoluto; es decir, condicionada por la dimensión social. La Teología de la Liberación, al resaltar la imperiosa necesidad del cambio de las estructuras (condición), no descuida la importancia que tiene la conversión del corazón y la realización del ser humano, principio y término de su valoración ética: el ser humano.

2. RETOS DE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

Pienso que la Teología de la Liberación está más vigente que nunca. Esto no implica que tenga que precisar, depurar y purificar algunos de sus planteamientos, pero sus intuiciones trascendentales son de una validez inapelable; es más, me parece que en algunos aspectos debería radicalizar aún más sus intuiciones iniciales:

a. En la búsqueda de la subjetividad cultural

El mayor peligro, desde el punto de vista cultural, que presenta el capitalismo neoliberal, es su pretensión universalizante. Esta dimensión planetaria a la que asistimos no debe ni puede ser menospreciada, es necesario el diálogo cultural, pero sin que aplaste aquello en que somos diferentes. A la nueva propuesta universalista le molesta, le estorba todo aquello que por diferente es alternativo. Por eso tratará de eliminar radicalmente lo que el capitalismo actual interpreta como impedimento a la modernización. Quiere imponer un patrón único de interpretación de la Historia. La Teología de la liberación nació como novedad y intentaba expresar aquello en que éramos diferentes. Esta intuición inicial tiene que ser profundizada en

el sentido de una mayor radicalidad: o es diferente o no será alternativa real. Intuyo, sin que esto sea una afirmación rotunda, que por las vías normales no hay salida para la Teología de la Liberación. Debe romper definitivamente con los patrones de pensamiento (veremos ahora el problema de las mediaciones) actuales. Quizás ello implique el reconocimiento y el abandono de la pretensión de ser también universal, neutral y objetiva (como describe la objetividad la ciencia moderna).

El verdadero problema actual que atraviesa América Latina es el de su identidad cultural, la definición de su originalidad. Es una crisis que toca su sentido histórico más profundo. Es esa nebulosa en la que transitamos porque ya no podremos ser lo que fuimos, porque no sabemos lo que somos, y porque nunca seremos plenamente occidentales como lo pretende el capitalismo neoliberal.

Pienso que la Teología de la Liberación tiene que hacer un gran aporte en este sentido. La traducción de eso que se ha llamado el camino hacia la liberación pasa por este nuevo ámbito de la cultura, en la contribución al reconocimiento de la subjetividad cultural latinoamericana. En los actuales momentos esto comienza a ser una tarea prioritaria. Hay que intentar una relectura de nuestra propia historia asumiendo el reto de la modernidad y eliminando aquello que la visión etnocéntrica ha desintegrado y no deja ver.

b. El problema de las mediaciones

Sin duda, las mediaciones son indispensables en la teología. En América Latina se ha privilegiado la mediación de las ciencias sociales como instrumento idóneo para conocer el funcionamiento de la realidad (causas estructurales del pecado). Creo que también se ha reconocido, con suficiente claridad, la no obligatoriedad del enfoque marxista en la teología de la liberación —sin negar sus aportes— no obstante la absoluta en su uso que manifestaron algunos teólogos de la liberación en los primeros tiempos. El problema está en que no se ha hecho un análisis crítico de esas mediaciones, discusión que está en el centro de las ciencias sociales en la actualidad en América Latina. Incluso el marxismo no deja de ser una visión eurocéntrica de la sociedad y de su destino, así como de sus conflictos fundamentales (incluida la teoría de la dependencia).

Un ejemplo de cómo afecta este

problema de las mediaciones —creo yo— a la Teología de la Liberación lo tenemos en la concepción de la cualidad del conflicto. El conflicto es un hecho doloroso de la realidad que debe ser asumido, y, en cuanto que formamos parte del capitalismo, ese conflicto, también en nosotros, es de clase. Pero resulta que la cualidad del conflicto de clase está cambiando sensiblemente en las sociedades capitalistas avanzadas. Las grandes confrontaciones en Europa y Estados Unidos no son el resultado directo de la irreductible bipolaridad clasista. Aparecen otras tensiones —y más fundamentales— características de la naturaleza del capitalismo en la actualidad, y que tienen que ver, por ejemplo, con el control y sistematización del conocimiento teórico y la dinámica del poder alrededor de ese control, (si no, que le pregunten a Japón, la Comunidad europea y Estados Unidos qué se traen entre manos con el problema del control de la tecnología y la hegemonía mundial); o la tensión entre la racionalidad instrumental del capitalismo y la naturaleza (ecologismo), entre racionalidad y cultura (nacionalismos), etc... Se podría decir que América Latina, en cuanto patio trasero de occidente, participa todavía del conflicto básico del capitalismo tal y como lo definieron las ciencias sociales de antaño, entre ellas el marxismo. Es lo más seguro. Pero también es cierto, me parece a mí, que las ciencias sociales, tal y como las hemos implementado en América Latina, incluido el marxismo, no han servido para captar la originalidad cultural de nuestro continente. Aquí se impone un proceso de depuración y radicalización.

c. Dos palabras más

Hay que depurar y profundizar, pero de ningún modo abandonar posiciones. Hay oscuridad momentánea pero de ningún modo estamos en el final. La Teología de la Liberación ha inspirado todo un movimiento eclesial, profundo y novedoso, que ya se ha constituido en una forma de enfrentar la vida, en una espiritualidad. Estamos ante una hora de real y auténtica fidelidad. No se ha hecho una opción por la causa de los pobres por razones científicas —éstas influyen indudablemente— sino porque es la causa de Jesús, porque son los perdedores en todo este asunto que se trae entre manos la historia: ésta es la razón más profunda que nos mueve a continuar alimentando la esperanza.